

Ana Cortés, Premio Nacional de Arte



Ana Cortés Jullian, Premio Nacional de Arte 1974.
(Foto: Carlos Dahlenz)

Bajo su apariencia tímida y un poco introvertida para quienes no la conocen, el nuevo Premio Nacional de Arte oculta una vida interior rica de aventura.

Empecemos por decir, pues de ello se trata, si el galardón ha ido a buenas manos. Yo creo que sí. La apreciación artística no es por desgracia una ciencia exacta. Depende de algo tan imponderable como el gusto y se mezcla en ella la subjetividad. De todos modos el jurado concedió la distinción nacional a un artista cuyas obras concitan admiraciones. Además, el premio ha venido a reconocer una vida dedicada al arte y en plena actividad en estos momentos. Hace meses Ana Cortés realizó una exposición en la Sala del Ministerio de Educación.

Antes afirmé que la pintora tiene una vida llena de aventura. Si la expresión no corriera el peligro de tomarse a mal, diría una vida secreta: Pero no nos alarmemos. Quiero decir, una vida poco conocida.

Esa vida ignorada, o casi lo es, claro, referida a la actividad marginada del arte. Anita

estudió en París durante su niñez y su adolescencia. En una lejana entrevista, dijo: "A los diez años era la literatura lo que me atraía porque en el colegio, en París, siempre obtuve buenas notas en composición".

Un poco después, en esos mismos años, estudió música con los profesores Ricardo Paul Dukas. Tras unos años abandonó el piano cuyas lecciones en Chile pudo pagarlas dando a su vez clases de francés.

Ingresó a poco en la Escuela de Bellas Artes en donde estudió con los profesores Ricardo Richón Brunet y Juan Francisco González. En los años de su formación en el Palacio del Parque Forestal, la enseñanza artística en Santiago tomó unas tonalidades de interés subyugante. Hubo grandes profesores y alumnos como Juan Fco. González, Laureano Guevara, Augusto Eguiluz, José Perotti, Camilo Mori, Pablo Burchard —para citar sólo algunos de los ya fallecidos—. Fueron igualmente unos tiempos de cambios, de crisis, de contradicciones; es decir, de vida. No había entrado

la política en la escuela, lo que no quiere decir que ese inquieto grupo de artistas careciera de ideales respecto a la condición social del hombre. Los dominaba un gran espíritu gremial y profesional.

Ana Cortés pertenece a una generación que sirve de trazo de unión a la de 1928 (Grupo Montparnasse), y a la de 1940. A su misma pléyade me parecen adscritos —si bien más jóvenes— Inés Puyó, Roberto Humeres e Ismael Roa. Sigue en forma general el estilo de aquella generación de la cual sólo la separa una diferencia cronológica. La entonces joven pintora volvió a París y amplió estudios durante dos cursos con André Lhote. Fue oyente en las clases de Bourdelle. "Bourdelle, ese artista incomparable a cuyas clases asistía como oyente, me enseñó muchas cosas, pero, sin duda alguna la lección más importante fue la de su propia vida. Acostumbraba —subraya Ana Cortés— a iniciar la jornada con relatos maravillosos sobre sus experiencias, y esa lección de grandeza de alma del verdadero artista es la que me ha acompañado durante toda la vida".

El modo peculiar de Ana Cortés se complace en dar salida a lo que le dicta su espíritu, que mezcla con gracia y buen sentido la poesía plástica a lo formal. Inclusive hace unos años la artista se presentó, tras un tiempo de nuevas experiencias, con una pintura estructurada en obras de un franco estilo abstracto. En tales pinturas era ostensible una subjetividad quintaesenciada, el tratamiento armónico de unas gamas restringidas, con mucho gris y mucho ocre.

Ahora Ana Cortés parece regresar al postimpresionismo que trajo de París y que fue la norma de las enseñanzas de Lhote y de sus profesores y compañeros de la Escuela.

Que el estilo preciso, que el diseño definido no han sido nunca ajenos a la pintora queda demostrado cuando se sabe que desde 1931 hasta su jubilación en las tareas docentes, nuestra reciente Premio Nacional ha sido profesora de "affiche" en la Escuela de Artes Aplicadas.

Como conclusión definitiva alguna vez he escrito que Ana Cortés expresa en sus obras mejores, unas notas de romanticismo y de voluntad lírica. Musicalidad, reflejo, en definitiva, de un espíritu hondo y delicado.

Antonio R. Romera.